

CAPITULO I.

DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

Esta obra comprende el Pentateuco, las profecías y diversos agiografos. Para proceder metódicamente, conservaremos esta division, y segun ella, hablaremos con la separacion debida: primero, del Pentateuco; segundo, de los libros proféticos; tercero, de los diversos agiografos.

Son conocidos bajo el nombre de Pentateuco, los cinco primeros libros del Antiguo Testamento, á saber: *el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio*. Estos cinco libros, escritos por Moises, contienen la historia del universo y del género humano, desde la creacion hasta que el pueblo de Dios entró en la tierra prometida. El Génesis refiere la creacion, el origen del mundo y el admirable gobierno de Dios, hasta la muerte de José, que se verificó el año del mundo 2369. El Exodo refiere cómo Moises y los hebreos salieron de Egipto despues de una dura y larga persecucion; las plagas de Egipto, los prodigios extraordinarios obrados en favor de la libertad de los judíos, y la promulgacion de la lei sobre las cumbres del Sinaí: este libro contiene pues la historia de la nacion judía, desde la muerte de José hasta la ereccion del Tabernáculo, verificada el primer año despues de la salida de Egipto, que es el año de 2514 del mundo.

Habia entre las tribus una exclusivamente consagrada al sacerdocio y al culto, y esta es la tribu de Leví. Las leyes relativas á las ceremonias y al oficio de los levitas, constituyen pues el objeto del tercer libro del Pentateuco, llamado, por esta causa, el *Levítico*.

Moises, legislador de los judíos, y Aaron, su hermano, sumo sacerdote, hicieron por precepto del Señor un censo general del pueblo, distribuyéndole por sus tribus ó linajes. Esta enumeracion de las tribus, así como tambien los acontecimientos y las leyes que á esto se refieren, forman el contenido del cuarto libro del Pentateuco, que por lo mismo se designó con el título de *Libro de los Números*. Comienza desde el segundo mes del segundo año de la salida de Egipto, y acaba en el undécimo del cuadragesimo año, encerrando, por lo mismo, la historia de treinta y nueve años, poco mas ó ménos.

La palabra *Deuteronomio* está compuesta de dos palabras griegas, que quieren decir en castellano *segunda lei*. Llámase

mase pues así el quinto libro del Pentateuco, porque trata de la nueva promulgacion que Moises hizo de la lei, y todo lo acaecido hasta el duodécimo mes del cuadragesimo año despues de la salida de Egipto.

La historia del Pentateuco termina en la muerte de Moises, año del mundo 2552.¹

Hemos dado una idea de los cinco primeros libros de la Escritura Santa, y de aquí debemos partir para demostrar la autenticidad, integridad y verdad del Pentateuco. Siguiendo el método de un escritor aleman del pasado siglo, manifestaremos: primero, la existencia de la nacion judía; segundo, la de Moises, como autor del Pentateuco; tercero, la verdad de estos libros; cuarto y último, su integridad.²

§. I.

Existencia y antigüedad del pueblo judío.

Cuando se trata de la fe que merecen los hechos de esta naturaleza, como la existencia, el origen, la antigüedad, el estado de una república, las leyes civiles ó las ceremonias religiosas de una nacion entera, todos los sabios citan, como un argumento demostrativo, la historia de esta nacion, escrita por autores ilustres y recomendables por una sinceridad reconocida, publicada en los tiempos de los contemporáneos, y continuada de siglo en siglo, por un vínculo que va uniendo esmeradamente los pensamientos y las memorias tradicionales de las generaciones: atienden al concierto de esta historia con el rumor constante de la tradicion universal apoyada en diversos monumentos públicos, como los edificios, las columnas, los promontorios, &c.: citan, por último, la fe y la piedad con que esta nacion misma considera esta historia, mirándola como un depósito sagrado que le han trasmitido sus padres y mayores, y que atrae, por lo mismo, de su parte el respeto mas profundo y la mas grande veneracion que puede tributarse á los documentos humanos. Si á esto se añade todavía el ascenso de las naciones vecinas, de aquellas principalmente que han tenido con ella relaciones comerciales desde su origen, los primeros argumentos de verdad reciben una nueva fuerza y adquieren mayor de-

1 Extractos de *Liebermann*. *Institutiones Theologicae*, lib. 1.º, 2.º parte, cap. 1.º

2 *Staller*. *Certitude de la religion révéléée par Jesus-Christ*, Chap. VIII.

recho á la convicción; confirmados mas y mas por otras pruebas decisivas. Ahora bien; todas estas pruebas abundan de una manera mui notable, cuando se trata del origen, antigüedad, constitucion y régimen político y religioso de la nacion judía.¹

Comenzando por la época en que vivimos, se nos presenta desde luego el raro fenómeno de un pueblo extraño á todos los pueblos de hoy, esparcido por el universo, mezclado entre todas las naciones, y absolutamente aislado de ellas por sus costumbres particulares, sus hábitos antiguos, su privativo culto, sus ritos y ceremonias religiosas, sus leyes domésticas, sus peculiares usos, &c. &c. Este pueblo habita en todas partes, y á ninguna reconoce por patria: se halla relacionado por el comercio con todos los hombres, y á ninguno reconoce por conciudadano, está sujeto á las leyes políticas y civiles de cada Estado por donde transita, sin confesarse vasallo de ningún príncipe, ni súbdito de ningún gobierno. He aquí un hecho confirmado por tantos testigos contemporáneos, y en cierto modo oculares, cuantos son los millones de habitantes que hoy tiene la tierra. ¿Qué pueblo es este tan singularmente caracterizado? El pueblo judío, responderán á una voz el asiático, el africano, el europeo, el habitante de América, es decir, todas las partes del mundo, y por consiguiente, todas las naciones.

¿Pero cuándo ha venido este pueblo al mundo? Yo abro los fastos de la historia moderna, y retrocediendo desde ahora hasta la venida de Jesucristo, le encuentro en todas partes: no pasa un solo siglo de cuantos se enumeran desde la toma de Jerusalem, por Tito y Vespasiano hasta nuestros dias, sin encontrar judíos en todas partes. No hai un historiador que no hable de ellos como de una cosa notoria. No hai un código donde no se encuentren algunas leyes relativas al pueblo judío, y por consiguiente, ningún hecho histórico se ve mas evidentemente comprobado que el de la existencia del pueblo judío, desde hoy hasta los tiempos de Jesucristo.

¿Pero en este tiempo comenzó á existir este pueblo? Al contrario, fué entonces cuando sufrió la mas tremenda crisis, cuando hizo la última pérdida, es decir, cuando dejó de tener patria, único tesoro que él habia podido conservar desde que, salido el cetro de Judá, quedó ya reducido á ser un tributario del Capitolio. El pueblo judío en esta época habia pasado por innumerables vicisitudes y contaba ya en sus

¹ Statler. Obra citada, chap. VIII, §. 304. (Extracto.)

anales cuarenta siglos de antigüedad. Este segundo hecho cuenta con iguales testimonios, que persuaden satisfactoriamente su existencia y su verdad.

La primera prueba que de esto se nos presenta, es el encadenamiento de su historia, continuada por el espacio de cuatro mil años, sin la mas ligera interrupcion ó incoherencia, las relaciones íntimas y constantes entre los acontecimientos y sus causas, la conformidad absoluta de estos mismos acontecimientos con el carácter singular de esta nacion.

La segunda prueba es la tradicion unánime y pública de todo el pueblo, fundada en los documentos consagrados por la religion, puesta en la mas perfecta armonía con la historia, y confirmada por un gran número de monumentos públicos, diseminados en muchas partes, en las ciudades y en los edificios, y depositarios fieles de mui antiguas memorias.

La tercera prueba, es el testimonio de los principales escritores que florecieron en las naciones diversas, relacionadas con la judía por un frecuente y activo comercio. "Cuando sus escritos eran públicos aun en su tiempo, y andaban en las manos de muchos, el judío Josefo, dice Statler, les citó exactamente á todos en su primer libro contra Apion el Gramático. Este primer libro, de este mismo autor, habla de la mansion de la nacion judía en Egipto, y de su salida de este pais, referidas por Manethon, el mejor de los escritores egipcios. Hace mencion de las cartas de Salomon y de Hiram, rei de Sidon y de Tiro, cartas que se conservaban aun en su tiempo en los archivos públicos; los tiempos de Noemi, las guerras de Nabucodonosor y las victorias del rei Ciro, consignadas por Berroso, escritor caldeo: cita, en fin, diferentes excesos de la nacion judía, referidos por los escritores griegos. Este mismo Josefo, en varios lugares de los libros de las Antigüedades, y señaladamente en el último capítulo del libro V, y en el undécimo del libro X, cita los historiadores de las otras naciones, como testigos de los acontecimientos particulares que se refieren en las escrituras judías.

"Tan peculiares á la historia judía son los caracteres que en ella se mencionan, que ningún pueblo antiguo puede hallarse, al cual parezcan convenir en un grado tan alto, y en tan crecido número. Si no pudiéramos, pues, sin renegar nuestro ascenso á toda fe histórica, desechár, por ejemplo, la historia de los romanos, á pesar de que son incontestablemente menores sus caracteres de verdad, con cuánta ménos razon reduciríamos á duda el origen verdadero de la existencia, de la antigüedad y de los aconteci-

“ mientos de la nacion judía, cuando lo vemos apoyado en
 “ pruebas de autenticidad mucho mas fuertes que las que
 “ tienen á su favor las historias primitivas de las otras na-
 “ ciones antiguas.”¹

§. II.

Moises es el legislador de los judíos, y autor del Pentateuco.

Acabamos de probar, y á nuestro juicio evidentemente, la existencia y antigüedad de la nacion judía, verdad que sirve de basa fundamental á todas las pruebas que convencen plenamente al entendimiento sobre la autenticidad, verdad y divinidad de los libros santos. La nacion judía tiene, como todas, cierto número de caracteres que apoyan y fundan las decisiones de la crítica sobre el valor intrínseco del testimonio humano. Ella se nos presenta bajo el carácter de una multitud inmensa de hombres, que ha venido atravesando por todas las épocas del tiempo, desde el principio del mundo hasta la época actual. En esta multitud hai, como en cualquiera otra, inclinaciones diversas, pasiones muy variadas, tendencias contradictorias, intereses exclusivos y particulares. En este pueblo encontramos, como en todos, varias especies de cambios mas ó menos notables, pero siempre de la mas grande publicidad, que se han ido verificando en el curso de los siglos. Contemporáneo de la creacion, el pueblo judío ha presenciado todas las vicisitudes del género humano: ascendiente único de todas las familias dispersas que fueron á dar existencia y nombre á todos los Estados antiguos, ha tenido con ellos todo género de relaciones; prisionero de Faraon, ha sufrido la influencia del poder extranjero sobre los pueblos vencidos; habitante del desierto, ha podido recogerse profundamente á repasar sus tradiciones, á ordenar sus conocimientos y á examinar los principios de las legislaciones extrañas. Testigo de los prodigios que precedieron á la publicacion de su lei, objeto de las seducciones degradantes é ignominiosas, pero tenaces y terribles, de los sentidos y la carne, no puede decirse extraño á ningun género de division en las opiniones y en la conducta. Si pues el simple carácter de multitud imposibilita en lo absoluto cualquiera combinacion en favor de una impostura, sea cual fuere el pueblo que se suponga; si solo el ascendiente irre-

¹ Obra y cap. citados.

sistible de la verdad es capaz de producir el acuerdo simultáneo de toda una nacion, debemos convenir, en vista de lo expuesto, que ninguna entre todas reúne derechos mas incontestables á la conviccion del género humano sobre los hechos que afirma de consuno, que la nacion judía. Recuérdese lo que dejamos dicho en otra obra¹ sobre el crédito que merece un testimonio de esta naturaleza, y se convalidará desde luego, en que Moises fué juntamente legislador de los judíos, y autor del Pentateuco.

La fama pública de todo un pueblo, sin exceptuar uno solo de sus individuos, esa tradicion acrisolada en todas las pruebas, victoriosa en todas las disputas, reconocida y respetada en todos los siglos, continuada sin interrupcion desde los tiempos de Moises hasta hoy, es una prueba incontestable de que Moises se presentó en su época con el carácter de gefe y cronista del pueblo de Dios.

Un cisma dividió á los samaritanos de los judíos; mas á pesar de la enemistad encarnizada que reinó entre unos y otros, no hubo entre ellos la mas ligera division sobre el punto de que tratamos; pues así los primeros, como los segundos, están de acuerdo en reconocer á Moises como legislador de los judíos, y autor del Pentateuco.

En tercer lugar, otro pueblo que cuenta ya 19 siglos de antigüedad, y que forma sin duda mas de dos terceras partes del género humano, el pueblo cristiano, profesa y ha profesado siempre esta verdad. No se diga que incurrimos en un círculo vicioso, al invocar en favor de Moises el sufragio universal del cristianismo, cuando á su turno deben servirnos en la parte correspondiente los libros del Antiguo Testamento, para confirmar la mision de Jesucristo, y poner en claro el origen divino de la religion que este pueblo profesa. No consideramos aquí á sus individuos como cristianos, sino como hombres; y bajo este respecto entran en la clase comun y pagan su contingente al gran cuerpo de los datos que apoyan el criterio filosófico, para establecer incontrastablemente la certidumbre del testimonio humano.

El cristianismo es una sociedad universalísima, que en sí contiene y encierra una multitud respetable de Estados políticos, y por consiguiente, es una sociedad que ha llevado al mas alto punto la diversidad casi infinita de caracteres, de intereses, de pasiones, de leyes, de costumbres, de vicios, de virtudes que cada nacion presenta de por sí con el solo hecho de la multiplicidad de sus miembros. Esta circuns-

¹ Del pensamiento y su enunciacion. Parte tercera, seccion segunda. TOM.—A. 37.

tancia pues derrama la luz de la evidencia sobre cualquier hecho histórico que afirme de consuno y haya afirmado constantemente esta sociedad.

Dentro de ella se han visto nacer una infinidad de revoluciones diversas, ordinariamente producidas por la influencia y la controversia de las doctrinas. Desde los primeros siglos de la Iglesia casi no se ha visto una perfecta quietud en los espíritus. Los antiguos cismas de Oriente, las sectas innumerables de los herejes, las excisiones últimas verificadas en el Norte de la Europa con motivo de la reforma de Lutero, y por último, la revolución de Francia, han dado cierta perpetuidad á la controversia religiosa en todos los siglos del cristianismo. ¿Puede darse ocasion mas eficaz para menguar el concepto de un hecho que no estuviese sólidamente establecido? No, sin duda. Pues bien; la Iglesia griega en medio de su cisma, el protestantismo todo á pesar de su constante y antiguo encarnizamiento, y los mismos herejes, en su mayor parte, se unen con la Iglesia latina para confesar y sostener que Moises es el legislador de los judíos y el autor del Pentateuco.

¿Se quieren nuevos testimonios en favor de la autoridad que en sí tiene Moises bajo el doble carácter de legislador de los judíos y autor del Pentateuco? “Yo puedo aumentar esta autoridad, dice uno de los mas sabios y profundos apologistas del cristianismo, y hacer brillar en toda su luz la verdad de mi proposicion sobre la autoridad de los libros de Moises, citando los testimonios favorables de los autores profanos contemporáneos de Moises, ó que vivieron poco despues que él, y de los que continuaron hasta la época del establecimiento del cristianismo.”

En efecto, este célebre escritor, poniendo en práctica todas las reglas de la crítica mas triunfante, reúne en favor de la autenticidad del Pentateuco los mas brillantes testimonios. El de Sanchoniathon, los de Homero y Hesiodo, el Pentateuco de los samaritanos, el testimonio de Tháles de Mileto, los de Pherécides, Pitágoras, Anaxágoras, Hellanico, Charondas, Sócrates, Theopompo y Platon; las deducciones históricas que hace en apoyo de su argumento al explicar las columnas de Mercurio, las sábias conjeturas que le suministran los escritos de Hecateo, la terminante alusion á Moises que descubre en Megasthènes, los testimonios de Berroso, historiador de Caldea, de Abydenes, discípulo de Aristóteles, las observaciones que hace sobre el testimonio de los setenta, &c. &c., son la materia de un largo capítulo en que este insigne autor confirma, como lo tiene prometido,

la autenticidad del Pentateuco con el testimonio de los escritores profanos.¹

Es digno de notarse, por otra parte, como advierte mui á propósito un escritor de los últimos tiempos, que el pueblo judío haya conservado constantemente con esmero y veneracion los libros de Moises, y reconócidole por su gefe y autor del Pentateuco, “no obstante que habria tenido un interes mui real en oscurecer la verdad, en caso de poderlo, pues con esto solo se habrian deseado los judíos, así de una lei incómoda y severa, como de una historia en que son tratados, en casi todas sus páginas, de ingratos, rebeldes é inclinados á la idolatría.”²

No es posible, cuando estamos sujetos á un plan tan limitado en el desenvolvimiento de los pormenores, dar mayor amplitud á esta prueba; pero lo que se ha dicho es bastante para producir el convencimiento, pues ademas de las razones que aquí se vierten, hemos tenido cuidado de citar los autores que han escrito expreso sobre la materia, como unas fuentes copiosas, á donde pueden ocurrir los lectores que deseen noticias mas abundantes, doctrinas mas profundas y pruebas mas extensas y desarrolladas.

§. III.

El Pentateuco es verdadero en todas sus partes.

Para demostrar esta proposicion, nos basta recordar aquí, que las garantías de la verdad nacen, supuesta la disposicion para inquirirla, de la existencia de los datos, pericia del autor y seguridad en su buena fe: pues demostrado que un autor tenia los datos suficientes, la competente capacidad, un afecto exclusivo á la verdad, la exencion de perversidad y malicia que pudiera engendrar en su voluntad el deseo de oscurecerla, y cuando por otra parte, aun en caso de pretenderlo, le seria imposible persuadir la impostura; se tiene ya una reunion tan cabal de argumentos y pruebas en favor del testimonio que tal autor nos da en sus escritos, que para dudar de su verdad, seria preciso dudar de todas las cosas, renunciar al sentido común y perder el juicio. Veamos pues cómo todos estos argumentos concurren en apoyo de la na-

¹ Huet. *Demonstrat. Evang.* cap. 2.^o (pág. 90 del tom. 5.^o de la Edic. de las Demostraciones Evangélicas, hecha en Paris en 1843.)

² Allez. *Catechisme de l'age mur.* Ch. VIII. (Ed. de Paris de 1842, bajo el título de *Catechismes philosophiques, &c.*, t. 1.^o, pág. 953.)

racion de Moises; y para no debilitar la fuerza de una rigurosa demostracion, sigamos el método comun de los teólogos, haciendo ver, en primer lugar, que Moises no pudo ser engañado; en segundo, que no quiso engañar; y en tercero, que no hubiera podido engañar, aun en caso de quererlo.

I.

Moises no pudo ser engañado.

Es preciso que haya una regla segura para calificar á los escritores, cuando se trata de saber si han conocido ó no la verdad de los hechos que nos refieren; porque de otro modo vendriamos á caer en el mas riguroso escepticismo, no podríamos hallarnos seguros sobre nada, y quedaria, por el mismo hecho, trastornado todo el sistema de la conducta privada, el órden de las leyes y el gobierno de la sociedad. Vano seria que la Providencia nos llamase á la felicidad por el camino del bien, si la razon habia de agotar inútilmente sus fuerzas para cerciorarse á fondo acerca de la verdad y exactitud de los conocimientos con que contaban á su turno, para instruir á la posteridad, aquellos sabios insignes que bajaron al sepulcro muchos siglos ántes que nosotros viésemos la primera luz. Pero no sucede ni puede suceder así, y hai por lo mismo argumentos decisivos, capaces de apoyar el convencimiento en todos los casos de esta naturaleza. ¿Cuáles son estas reglas? Las mismas que nos conducen á descubrir infaliblemente el origen de los errores. Tratándose pues del que pueden tener los que se refieren á la historia respecto del autor que la escribe, no pueden ser otras que las que se refieren á los datos ó al talento que los califica. No hablamos aquí de la voluntad, porque no cabe el supuesto de que un historiador quiera ser engañado. El hombre puede aspirar y aspira muchas veces á seducir y corromper á los otros, invierte el órden de los sucesos, altera el fondo de la verdad, confunde sin rubor las fábulas con los hechos, y á trueque de conseguir sus fines, vende la imposura con todos los atractivos y apariencias de la verdad. Pero mientras él repasa en su interior los placeres malignos de un triunfo adquirido sobre la necia credulidad del vulgo, está mui léjos de envidiar la suerte de este vulgo mismo, teniendo por bueno para sí el caer á su turno en las redes de la seducción. Muchos quieren engañar, nadie quiere ser engañado, y bajo este respecto, cuando se trata de un historiador, debemos investigar, no si él quiso ser engañado, sino

si pudo serlo, si lo fué de facto. Enumerando entónces las causas que pueden traer el error, ya puede verse si el historiador supo ó no supo la verdad. Estas causas, hablando de la historia, se refieren, unas á los hechos, y otras á la razon que los califica. Cuando los hechos son de poca importancia, cuando son mui remotos y al mismo tiempo faltan los monumentos, las tradiciones ó los escritos; en suma, cuando faltan absolutamente los datos, ó son insuficientes aquellos con que se cuenta, por mui claro y penetrante que sea el talento del historiador, no conseguirá mas que establecer algunas conjeturas ó fundar algunas probabilidades. Al contrario, cuando los datos son competentes, pero la razon que los califica es una razon oscura y sin discernimiento, ó una verdadera ineptitud, de nada sirven aquellos, puesto que de ordinario no conducen sino á fecundar el depósito de las inepticias y de los errores. No sucede lo mismo cuando concurren los datos con la suficiencia del talento, puesto que en este caso debemos concluir rectamente que el historiador no podia ser engañado. Conforme á estos principios es necesario proceder en la cuestion presente; y por lo mismo, harémos ver, en primer lugar, que Moises contaba con los datos suficientes y tenia una elevacion de ingenio superior con mucho á la que demandaba por sí la computacion de estos datos.

A propósito de lo primero, oigamos á uno de los historiadores que mas alta reputacion han alcanzado por el estudio profundo de las Santas Escrituras. “Los primeros sucesos del Génesis que refiere y que no podia saber por sí mismo, son los únicos que pueden causar alguna dificultad. Pero primero, Moises nació cuarenta y ocho años despues de la muerte de Leví: Leví habia vivido ochenta y cinco años con Abraham, y cincuenta años con Sem, hijo de Noé: Sem habia vivido noventa y ocho años ántes del diluvio, y habia visto á Lamech y á Mathusalén, y estos dos últimos habian visto al primer hombre; de suerte, que la tradicion de las cosas que habian sucedido ántes y despues del diluvio, era mui reciente, atendida la larga vida de los primeros hombres.

Segundo. No es cierto que entónces no hubiese escrituras ni memorias de lo que habia pasado ántes; pero si las habia entre los egipcios ó entre los judíos, Moises debia estar informado de ellas mejor que nadie, habiendo sido perfectamente instruido entre los egipcios, y sabiendo bien la historia de su nacion.

Tercero. En fin, las cosas que cuenta Moises son naturalmente fáciles de conservarse en la memoria de los hom-

bres: por ejemplo, la creacion del mundo, la caída de Adán, el diluvio, la torre de Babel, la fundacion de la monarquía de Nembroth, la vida de Abraham, de Isac, de Jacob y de los doce patriarcas; pues casi á esto solo está reducido el pormenor de los sucesos referidos por Moises acerca de aquella edad.¹

Mas no estaban reducidos á esto los datos que podian facilitar las importantes investigaciones de Moises, pues además existian monumentos que, ilustrados por la tradicion y aproximados en gran manera por el corto número de generaciones que habian discurrido, derramaban, si así podemos decirlo, una nueva luz sobre la claridad misma de los datos que acabamos de citar. Cuando Isac y Jacob habitaban la tierra de Canaan, erigieron en diferentes partes varios monumentos de lo que ellos habian practicado: tales eran los pozos que abrieron en las comarcas áridas; tales eran los altares de piedra que habian construido sobre diferentes montañas, donde ofrecian á Dios sus sacrificios, y tales, por último, los sepulcros que solian esculpir sobre la piedra viva. Tambien podian citarse aquí con toda seguridad las canciones populares, bellos y gratos monumentos de las mas antiguas memorias. Estas canciones no tienen hoy, es verdad, la fuerza probatoria que antiguamente, porque los tiempos son otros: el género humano ha recibido con sus ramificaciones infinitas una portentosa heterogeneidad. Las pasiones se han ramificado en sus pormenores, tanto ó mas que las familias: la inmensa variedad de objetos que pueden ocupar con ventaja la inspiracion poética, parecen haber despojado ya á la poesia del depósito de las tradiciones; y seria en cierto modo discurrir como niños el justificar con las canciones populares de hoy los hechos primitivos de la historia moderna. Pero tratándose de la infancia del género humano, en que los objetos, las necesidades y las generaciones guardaban una exacta proporcion en su número; en que no habia, por explicarnos así, mas que una familia, una sola historia, un solo género de acontecimientos; en que los hijos no tenian que saber, sino lo que de viva voz les enseñaban sus padres, ni estos otra cosa que comunicar sino lo que á su turno, por el mismo conducto y del mismo modo, habian aprendido; en que el arte de escribir, y por consiguiente la historia, no existian, porque tampoco eran necesarios; nada mas natural y mas creible, que la fidelidad de

¹ Calmet. Historia del Antiguo y Nuevo Testamento, tomo 1.º, disertacion preliminar.

estas canciones, con las cuales aquellos pueblos saboreaban, digámoslo así, sus mas gratas memorias, encantaban su sociedad, celebraban su origen comun y consagraban su culto al Ser Supremo. Que existian estas canciones es un hecho incontestable, no solo porque ellas, segun la unánime confesion de todos los sabios, han sido el primer idioma de los pueblos, pues el hombre es cantor y músico por naturaleza; no solo porque la inspiracion poética parece un don especialmente prodigado á los pueblos de Oriente, sino porque los mismos libros del Pentateuco nos dan el testimonio mas completo de su antigua existencia. Moises alude al gran número de estos cánticos en el capítulo XXI, verso 14 y siguientes del Libro de los Números; Jacob habia empleado el propio lenguaje para facilitar en la memoria de las tribus la conservacion de las profecías sobre la suerte futura de sus hijos; y el mismo caudillo cantó sus triunfos y cantó su muerte.

Tales son los documentos que abrian al talento de Moises el mas fecundo campo de investigaciones. No los ha tenido tan completos ninguna otra antigüedad. La historia del género humano sale de la luz, va por la luz, y conduce á la luz; al paso que la de los otros pueblos sale del caos de la fábula, camina muchos siglos por las tinieblas, y aunque á su tránsito recoge las luces de los hechos posteriores mejor acreditados, esto no impide que se mezclen de vez en cuando con las antiguas sombras, y pongan tambien en tortura al genio de la crítica, y faciliten pretextos contra la verdad histórica al escepticismo filosófico.

Algunos filósofos, tan crédulos sobre la historia profana, como escrupulosos y espantadizos cuando se trata de los hechos históricos que apoyan la verdad de la religion, no se cansan de ponderar la antigüedad de los sucesos contenidos en la narracion de Moises, para menoscabar de este modo el asenso que reclama la verdad de su historia. ¿Qué responderemos á esto? Téngase presente que la larga vida de los hombres disminuye mucho la antigüedad de los tiempos primitivos; pues en buena geometría debe decirse, que así se tiene lo que ha pasado hace doscientos años, por ejemplo, cuando los hombres viven entre setenta y ciento, como lo que habia pasado hacia dos mil años, cuando aquellos vivian entre setecientos y mil. Porque la antigüedad, con relacion á la influencia que puede tener el trascurso del tiempo en el testimonio, se computa por el número de las generaciones, mas bien que por el de los años. "No es el número de los años el que oscurece las cosas, observa mui bien el céle-

“ bre Pascal, sino el de las generaciones. La verdad solo se altera por la mudanza de los hombres.
 “ Sem, que vió á Lamech, el cual vió á Adan, *vió igualmente* por lo ménos á Abraham; y Abraham vió á Jacob, que vió á los que vieron á Moises. Luego el diluvio y la creacion son cosas verdaderas. Este es un punto concluido entre ciertas gentes que lo entienden.
 “ Cuando los hombres vivian tan largo tiempo, los niños vivian largo tiempo con sus padres, y de este modo conversaban con ellos largo tiempo. ¿Y de qué se quiere que hayan hablado sino de la historia de sus antepasados, hallándose á esto reducida toda la historia, y no teniendo ellos ni ciencias, ni artes, que ocupan gran parte de las conversaciones de la vida! Por tanto, se ve que los pueblos tenian entonces particular empeño en conservar sus genealogías.”¹

Moises tenia pues el competente número de datos para investigar con el mejor éxito la verdad histórica; ¿pero contaba con los mismos recursos por parte de su talento! He aquí lo que vamos á examinar.

El talento incomparable de este caudillo, la elevacion de sus conocimientos, la inaccesible altura de su genio, son cosas probadas evidentemente por solo su nombre. Recuérdese que ya hemos demostrado, que es el legislador de los judíos y el autor del Pentateuco. Su nombre anda en todas las lenguas, en todas las historias, en todas las tradiciones. Si la impiedad y la envidia ocultaron algunos siglos al orgullo de la sábia Grecia y la fuerte Roma el esplendor de tanta sabiduría, como estaba depositada en los libros del Antiguo Testamento, el tiempo dió un paso, y todo quedó sometido á las Escrituras Santas. “Entonces parecieron, dice un escritor de nuestro tiempo, en toda su magestad: religion, historia, alta poesia, alegorias admirables, todo lo comprende el libro sagrado y todo es en él sublime. Desde entonces las viejas ilusiones se dispararon para siempre, y se vió con admiracion, que estos hebreos, largo tiempo olvidados y aun desdenados, eran los depositarios únicos de los secretos del cielo.”²

Bossuet dijo y probó que Moises es el mas antiguo de los

1 Pensées, seconde partie, art. VIII, § XVIII.

2 Theis. Politique des nations, t. I, l. II, Chap. V, Pág. 193. (Ed. de Paris de 1828.)

historiadores, el mas sublime de los filósofos y el mas sábio de los legisladores. Estos tres títulos ponen al legislador del pueblo judío sobre todos los grandes hombres que han producido los siglos. Recuérdese que no tratamos ahora de si engañó ó quiso engañar, sino de saber si contaba ó no con las disposiciones intelectuales que eran necesarias para computar los datos que la tradición y los monumentos presentan al historiador del género humano, y que hemos demostrado la autenticidad del Pentateuco y la magistratura de Moises. Esto basta para reconocer la evidencia suma de sus grandes conocimientos, de su talento colosal, de su genio supremo. Este hombre extraordinario sojuzgó la admiracion de un grande imperio con el imponente conjunto de las cualidades de su espíritu y las prendas de su corazon. “Fijado en Egipto, dotado de un espíritu penetrante, dice el Marqués de Pastoret, y de una imaginacion ardiente, apasionado por el trabajo, ávido de instruccion y de gloria, no despreciará tantas ventajas como le prodigan á un mismo tiempo las circunstancias y la naturaleza. Yo le veo estudiar con tanto ardor como buen éxito la geometría, la filosofía, las bellas artes, todas las ciencias que desde mucho tiempo atras ilustraban al Egipto, y consagrando su infancia, su adolescencia y su juventud á esta preciosa inquisicion.” Si quisiéramos producir testimonios, pudiéramos darlos á centenares entre los escritores judíos y los apologistas del cristianismo; pero esto seria mui prolijo: baste decir que ambos pueblos se presentan en masa con el imponente cuerpo de sus sabios á dar el testimonio mas completo en favor de Moises. Tambien pudiéramos citar aquí los fragmentos de Aristeo, Demetrio Falereo, Tolomeo, Philon, Aristóbulo, &c. &c., relativos á la legislacion de Moises; mas en la impotencia en que nos hallamos, por el carácter de nuestro plan, para extender mas estas pruebas, nos contentaremos con recomendar á nuestros lectores la lectura de estos fragmentos, ordenadamente transcritos por un escritor que floreció en el siglo tercero de la Iglesia.²

Concluamos pues de lo dicho, que el autor del Pentateuco contaba con el suficiente número de datos, con la extension mas vasta y profunda de conocimientos, con el mas grande criterio, con el talento mas penetrante y vasto,

1 Histoire de la legislation, tom. 3.º legislation des Hebreux. Chap. I.º pág. 3. (Edit. de Paris de 1817.)

2 Eusebio, Obispo de Cesarea. Preparatio evangélica, lib. VIII, cap. 1.º